

Guillermo Knochenhauer

No agobiarse en la crisis

Resulta agobiante el mero repaso de los lastres con que el país tiene que afrontar la crisis financiera global, cuyo señalamiento —que no análisis— está en boga estos primeros días del año nuevo.

Las soluciones son el mejor antídoto al agobio. La actitud que debería exigírsele al gobierno consiste en descubrir o crear las condiciones para superar esos lastres, no para atenuar su peso con 25 medidas como las que acaba de anunciar el presidente.

La ventaja de la crisis es que obliga a identificar los problemas, a establecer prioridades y a focalizar los esfuerzos en propósitos fundamentales.

Por eso es la oportunidad para lograr cambios de fondo, aunque también entraña el riesgo de hacer más pesado el lastre si se fracasa en el intento.

Lo primero es recuperar el rumbo del desarrollo, que lo tenemos perdido, lo que da lugar a constantes desacuerdos y a la dispersión de recursos.

Recuperar sentido y dirección implica nacionalizarlos, para que el país sea parte actuante y no pasiva en la globalización.

Nuestros neoliberales gobernantes lo hicieron al revés: en vez de nacionalizar la globalización, procedieron a la apertura comercial unilateral, a la desregulación y a la privatización —extranjerización en la mayoría de los casos importantes— de todo tipo de empresas, incluidos los bancos. Siguió una estrategia indiscriminadamente antiestatista, inspirados en el Con-

senso de Washington de los años noventa del siglo pasado.

El resultado ha sido un doble debilitamiento del país: el económico y el institucional, aunque es más correcto apuntarlo al revés: el del Estado y el de la economía. Las inversiones privadas no compensaron la retracción de las públicas, lo cual se ve en los grandes rezagos en infraestructura y en numerosos sectores de la planta productiva.

No por casualidad, los factores más dinámicos de la economía han sido durante la última década la exportación de petróleo crudo, las maquiladoras y las remesas de nuestros migrantes. También pudieran entrar en esa clasificación las finanzas del narcotráfico.

Lo bueno de la crisis es que hace evidente que ni el petróleo ni las remesas ni las maquiladoras pueden seguir siendo el sustento dinámico del crecimiento y menos del desarrollo.

Es evidente que se requiere sustentar en bases más amplias —sociales e institucionales— el dinamismo económico. Éste depende, esquemáticamente, de la eficiencia con que se asignen y empleen los recursos productivos y de la capacidad de consumo de los mercados de esa producción.

Aunque la calidad del desarrollo depende del equilibrio entre ambos factores, los ideólogos de derecha sostienen que el problema fundamental es la falta de competitividad (ineficiencias productivas), que atribuyen a los sindicatos, a los partidos políticos, a las malas políticas públicas.

Los de izquierda rechazan el argumento de que primero hay

que generar la riqueza para después distribuirla, implícito en el discurso contrario, y pugnan por dar prioridad a la recuperación del salario, al fortalecimiento del mercado interno y al diseño de políticas de fomento por sectores productivos con especial atención a las realidades de las pequeñas y medianas empresas.

Como sea, hay dos hechos inobjetable con los que, desde cualquier perspectiva, se puede estar de acuerdo en que constituyen amenazas reales a la viabilidad del desarrollo nacional.

Por un lado, el pésimo desempeño económico que nos coloca en la posición 151 en los pronósticos de crecimiento del FMI para 2009 (penúltimo en Latinoamérica, después de Haití, según la Cepal), en lo cual tiene mucho que ver que también

estamos entre los países con peor distribución del ingreso (problema que el reciente aumento de dos pesos al salario mínimo diario parece ignorar).

Por otro lado, la viabilidad económica del país requiere restaurar la vigencia del Estado de derecho y fortalecer la autonomía del Estado frente a cualquier otro poder (monopolios, duopolios, transnacionales, delincuentes organizados), para que pueda actuar con la objetividad e imparcialidad a las que obliga el diseño de una estrategia de desarrollo con sentido social.

A final de cuentas, en los rezagos e injusticias sociales están los mayores lastres nacionales, y en superarlos radica también la única razón de legitimidad del Estado y sus autoridades. ☐

knochenhauer@prodigy.net.mx

Profesor de la FCPS de la UNAM

